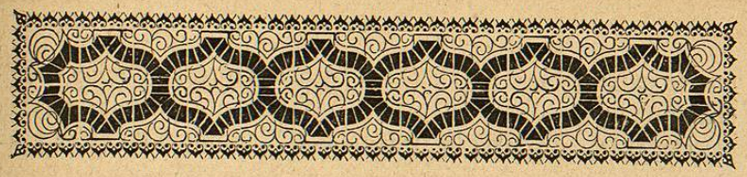

CAPÍTULO XXXII

LA CASA DE ANA Y DE JOAQUÍN.—NAIM.—JAFA

I

La casa de Ana y de Joaquín.—Schibly.—Mohamed-Solimán Asamblea general.

Si para perpetuar la memoria del hecho histórico que el santuario de Séforis recuerda tuvieron tanto que sufrir los Franciscanos de las vejaciones de los turcos, y si tantas luchas tuvieron que sostener para hacer reconocer sus derechos, ¿con qué combates no debían contar el día en que tratasen de tomar oficialmente posesión de él?

Se ha dicho: *dividir para reinar*. Aquí la división estaba hecha. Cuando se entablaron las negociaciones, la población estaba fraccionada en dos partidos obedeciendo á poderosos cheicks.

Conquistar á uno para reducir al otro á la impotencia, era la política que se imponía á nuestros religiosos, y la que siguieron con grande habilidad.

«Teníamos, dice Fr. José, un hombre de confianza llamado Schibly Giubrán, íntimo amigo de Mohamed-Solimán, uno de los cheicks más influyentes de Séforis, del que podíamos prometernos un sólido apoyo si lográbamos inclinarlo á favor nuestro. A este fin, Schibly le invitó á que viniese á Nazaret. Nosotros le hablamos y vimos claramente que sus buenas intenciones tenían necesidad de ser confortadas y estimuladas con el incentivo del dinero. Le prometimos cierta suma, añadiendo que no obrábamos así por temor, sino más bien para reconocer de antemano los servicios que había de prestarnos. Las condiciones

que le exigíamos eran estas: facultad para destruir las casuchas que ocupaban la nave de la iglesia; una casa de refugio para mientras durasen los trabajos, y la promesa de estar nosotros y los obreros al abrigo de toda agresión por parte del populacho. Mohamed las aceptó, añadiendo que teníamos temibles enemigos, pero que él los reduciría á la impotencia.

Fr. Giuseppe es el alma de todo el negocio. El es el que contrata, el que va y viene, quien descubre los complots, y el que con hombría de bien concluye por triunfar así de la malevolencia de los turcos como de la astucia de los griegos.

¡Honor al conquistador pacífico que pudo, con su infatigable abnegación y sacrificio, añadir una preciosa perla á la corona seráfica!

Puestos estos preliminares, creimos necesario intimar al gobernador que nos consignase las ruinas de la iglesia de Santa Ana. El respondió de una manera evasiva, pidió prórrogas, y sólo al cabo de bastante tiempo, fatigado ya de nuestras importunidades, consintió en ir á aquellos sitios con Schibly. Apenas llegó el gobernador, se vió asaltado por una banda de furiosos gritando desaforadamente que los Franciscanos no tenían nada que pretender entre ellos. «Esto, (decían señalando los monumentos arruinados de Santa Ana), no pertenece á los latinos; es una mezquita, un templo nuestro, y jamás permitiremos que los cristianos invadan nuestro dominio.» Después, uno de ellos, volviéndose hacia Mohamed Solimán, le dice: «¿Por qué guardas tu silencio?» Mohamed respondió: «¡Cuando los ancianos hayan terminado de hablar, me levantaré!» Si el gobernador ha publicado una ordenanza por la que concede este lugar á los religiosos Francos, yo no puedo en manera alguna oponerme á ello; porque si en nombre del bajá se nos intimase mañana la orden de consignarle todos nuestros bienes, ¿quién osaría murmurar? Nadie; pues sabemos que estos bienes son propiedad del sultán y que nosotros no los tenemos sino como prestados. Si en Damasco (1) ha sido reconocido que este edificio fué una

(1) Los derechos que tienen los Franciscanos sobre los santuarios de Sephoris y de Naim, fueron reconocidos merced á la protección francesa y los proclamó el gobernador de Damasco al mismo tiempo que se les reconocía el que tienen sobre Caná.

iglesia cristiana y no una mezquita turca, ¿por qué motivo os oponéis á este decreto? ¿Habéis olvidado lo de Caná de Galilea? ¡Cuántos recursos y vueltas no han hecho los jefes del pueblo y cuánto dinero no han gastado los griegos! ¿Y á qué ha conducido todo esto? Al triunfo de los Francos y á la confusión de sus adversarios. Pues bien, otro tanto acontecerá aquí; queráis ó no queráis, los *Frailes de la Cuerda* elevarán su monumento y vosotros no recogeréis otro fruto de vuestra ciega oposición que su enemistad.»

Este discurso puso fin á las discusiones, aunque no al furor de la asamblea. Todos quisieron interpelar al gobernador, pero éste, montando prontamente á caballo, se volvió á Nazaret. Al día siguiente le envió Fr. José el dragomán del convento para saber su conclusión. El respondió que no podía darla, porque esperaba el día siguiente á los cheicks de Séforis, pero se pasó un día y otros varios sin resultado alguno. Por familiarizado que estuviese Fr. Giuseppe con las lentitudes turcas, comenzó á alarmarse, y le amenazó con ir á Séforis á comenzar los trabajos, dejando á la autoridad toda la responsabilidad de los acontecimientos que pudieran sobrevenir. Impresionado el gobernador por esta firme actitud, le prometió enviar un correo al bajá de Acre y obrar según la respuesta que de él recibiese, rechazando mientras tanto enérgicamente toda la falta sobre la malignidad de los habitantes de Séforis. «Ellos me habían asegurado, dijo, que querían ir á hablar de ti al bajá; y á pesar de todo cuanto les he objetado, no he podido quitarles de la cabeza este proyecto. Esta ha sido la causa de no haberte contestado; me hallaba en negociaciones con ellos; ¿pero qué hacer con gentes de tan dura cerviz?» El infatigable religioso, muy poco persuadido por tal razonamiento, partió al día siguiente para Acre, dirigiéndose, antes de la llegada de los cheicks de Séforis, á casa de su amigo el cura maronita. Este le aconsejó que escribiese al bajá, pero sin revelarle su presencia en Acre, ofreciéndose á ser portador de la carta, remitiéndosela en persona.

Habiéndola leido el bajá, reflexionó un instante y dijo: «El gobernador de Nazaret ha obrado muy mal. Revestido como se hallaba de los poderes necesarios, debía restituir la iglesia de Séforis á los religiosos Francos, sin prestar oídos á los murmuradores». El cura le pidió una atestación por escrito, pero

rehusó dársela pretextando que era viernes, día sagrado para los musulmanes.

En el mismo momento llegaban tres brillantes caballeros á toda rienda; eran los cheicks de Séforis. Puestos en la presencia del bajá, comenzaron á darle las más amargas quejas.

—Parece, decían, que los Francos quieren levantar una iglesia en Séforis, precisamente en el sitio mismo en que tenemos nuestra escuela. Pero debe saber Vuestra Excelencia que ellos no tienen en Séforis ni casa, ni terreno, ni iglesia, y que sólo se debe á su audacia y maulería el que quieran apropiarse los bienes ajenos.

—No digáis que quieren apropiarse los bienes ajenos; nos han mostrado documentos tan claros, que no hemos podido contradecirlos. Presentadme una acta que haga fe de que este lugar es de vuestra competencia y yo os haré justicia.

—Aquí tiene Vuestra Excelencia estas actas.

Y en el mismo instante desplegaron un viejo pergamino, sucio, y en diversas partes ininteligible. El bajá lo tomó, y viendo que no tenía fecha ni firma les preguntó: ¿De quien es este papel? A lo que contestaron todos que emanaba de su cheick Nabba, de feliz memoria. El bajá replicó: «Este papel no tiene valor alguno, porque está sin fecha ni firma; ¿tenéis algún otro?» Ellos respondieron que no. «Pues en tal caso, podéis retiraros, repuso el bajá. Tengo gran placer, añadió, en haber visto á los que introducen el desorden en Séforis; si estas turbaciones continúan, yo sabré hacer lo que convenga.»

Fr. José, á quien se refirió este diálogo, no podía persuadirse de que fuese verdadero; pero fué increíble su alegría cuando conoció la respuesta del bajá al gobernador, ordenándole que se trasladase inmediatamente á Séforis para consignar la iglesia de Santa Ana á los religiosos Franciscanos. Pero como entraba en la naturaleza de este negocio el experimentar mil y mil contradicciones, hubo que combatir todavía las tergiversaciones estudiadas del gobernador, muy contrariado por el papel que le tocaba desempeñar en lo sucesivo.

Pasábanse los días sin que se diese solución al asunto; y durante este tiempo los cheicks enemigos se habían juntado con Nilos, Obispo griego, para urdir una nueva conspiración y

atraer á su partido á Mohamed-Solimán, que felizmente se mantuvo fiel á sus compromisos.

Al fin, después de tantas súplicas é instancias, el gobernador se puso en camino para Séforis acompañado de los miembros del *Medjles* y de cuatro caballeros. Cuando llegó convocó á los cheicks de oposición y les leyó el decreto del bajá de Acre. Ellos lo escucharon rabiando de cólera, pero el temor del castigo ahogó momentáneamente su furor.

Terminada la lectura, los jueces se dirigieron á la antigua iglesia para determinar exactamente sus confines. Esta precaución era absolutamente necesaria para impedir las reclamaciones y querellas que no dejarían de suscitarse.

Hecha esta verificación, se estableció Fr. José en Séforis con diez operarios, pasando todos la noche en casa de Mohamed-Solimán.

II

Las casuchas.—La acusación.—El ladrón y la prisión.
El padre amansado.—El pacto.

Al día siguiente, muy de madrugada, se comenzó á echar por tierra las casuchas que se habían construido en las tres naves. Hubo entonces una lucha cuerpo á cuerpo con los habitantes, quienes se agarraban á sus miserables viviendas y no querían salir de ellas en manera alguna. Arrancados á viva fuerza, gritaban, aullaban, blasfemaban. Las mujeres se distinguían en el alboroto por su mayor imprudencia y tenacidad, y gritaban á porfía que los Franciscanos no habían entrado en Séforis sino para quitarles un bien que hacía tantos años que poseían. A esto se les respondía que mostrasen sus documentos de propiedad, pero esta palabra sonaba muy mal á sus oídos y continuaban vociferando con todas sus fuerzas.

Apareció entonces Mohamed, quien les dijo con tono severo: «Si no os rendís, yo haré prender á vuestros hijos y maridos y los enviaré atados y con escolta á Nazaret. Acordaos, habitantes todos de estos lugares, que no sois sino unos tránsfugas que habéis intentado sustraeros á la ley militar así como

á los demás tributos que nosotros pagamos al sultán.» Esta revelación fué como un rayo que impuso silencio.

Al día siguiente mandó el gobernador llamar á Fr. Giuseppe, y le dijo: «Yo marcho, pero todo está en paz. He estado con los cheicks, y los he hecho responsables de cualquier agresión contra vosotros ó contra vuestros obreros. He dado las instrucciones necesarias y nada tenéis que temer. Por otra parte, si surge alguna sedición, tenéis á Mohamed siempre dispuesto á ayudaros.»

El religioso, que conocía á fondo el carácter de los seforianos, respondió que esto no bastaba, que se necesitaban soldados. Entonces el gobernador se desprendió de uno de su escolta y partió. Los temores del valeroso y prudente servidor de Tierra Santa no tardaron en realizarse. Al día siguiente, mientras que se despejaban las naves laterales de los escombros que las embarazaban, se llenó de repente el terreno que quedaba libre de gentes que acudían con depravadas intenciones. Como la guardia, era tan débil, no podía apartarlas, y su insolencia crecía por instantes como la marea.

Temiendo Fr. José alguna matanza, y no teniendo tiempo suficiente para pedir refuerzo á Nazaret, recurrió á un individuo cuyo carácter y antecedentes le hacían muy temible en todo el país. Habiendo cambiado con él algunas palabras, le vió con gran satisfacción tomar el mando y con estentórea voz disipar aquella amenazadora multitud. Desde entonces le prometió cierto salario, exigiéndole que no se separase de su lado.

En los días siguientes cayeron fuertes lluvias, y sintiendo frío los obreros, fueron á buscar leña para calentarse y secarse al mismo tiempo. Mientras ellos atizaban el fuego, algunas mujeres del lugar acudieron allí furiosas y comenzaron á insultarlos. Después vinieron los maridos y los hijos, todos armados de palos.

Los obreros soportaron el primer choque sin contestar; pero cuando vieron que los turcos persistían, comenzaron á replicar. La batalla era inminente cuando llegó el dragomán del convento, quien preguntó lo que aquello quería significar. Los turcos respondieron que los latinos habían insultado á sus mujeres y que pagarían bien cara su temeridad. Se sabe hasta qué punto son los musulmanes celosos del honor de sus mujeres. Desgraciado del que se atreve á tocarlas ó las provoca de cualquier manera que sea; no le queda otro recurso que la fuga para librarse de la muerte. La estratagema estaba muy bien urdida, y hubiera indudablemente producido su efecto á no ser por el inesperado testimonio de algunas mujeres extrañas que protestaron contra la falsedad de la acusación, y ahorraron de esta suerte los llantos y duelos que de lo contrario hubiera traído aquella sangrienta mañana.

Queriendo prevenir ulteriores asaltos, refiere el interesante autor de estas *Memoires de Terre-Sainte*, quisimos alquilar una casa más grande que la que ocupábamos, para alojar en ella á toda nuestra gente. Llamamos al propietario de la que codiciábamos; pero apenas le hicimos la primera indicación, exclamó:

—Por amor de Dios, del sultán y de Mahoma, que me dejen tranquilo estos importunos cristianos.

—Pues bien, ya que habláis así, le dijo el gobernador que por casualidad se hallaba presente, os enviaré soldados para que les des alojamiento.

—Que vengan, replicó el viejo musulmán todo irritado; antes admitiré una guarnición entera y permitiré que se me haga pedazos, que entregar mi casa á los francos. Viendo la obstinación y cólera de tal hombre, el gobernador le dejó partir sin insistir más.

Sin embargo, ignorábamos bajo qué techo queríamos acogernos, y la Providencia tomó á su cargo el sacarnos maravillosamente de tal embarazo.

Aquel que nos había negado con tanta dureza una simple hospitalidad tenía en la cárcel un hijo acusado de haber robado algunas cabras á un pastor. Para librarle era preciso pagar un rescate al gobierno; y como el padre no era capaz de proporcionarlo, el pobre joven continuaba consumiéndose en la cárcel. Habiendo sabido esto, escribí á Schibli Giubrán para saber lo que costaría la libertad del prisionero.

Tomados los informes necesarios, me contestó que la cantidad sería insignificante; tanto más, añadía él, cuanto que no estaba absolutamente probado que fuese culpable, debiéndose únicamente á la enemistad de ciertos cheicks el que se prolongase su detención.

Satisfecho con la noticia, hice saber al padre del prisionero que si quería alquilarnos su casa quedaría libre su hijo dentro de pocos días. No era necesario más para convertir á aquel furioso. Acudió al punto á todos aquellos que él suponía ser mis amigos pidiéndoles su protección; pero viendo que ninguno se apresuraba á servirle, vino en persona á estar conmigo. Puesto en mi presencia, me conjuraba con humilde y suplicante tono, por mi religión, por mi padre, por mi madre y por todo lo que tuviese de más aprecio en el mundo, que le restituyese su hijo. Se le hubiese comparado con el antiguo Príamo viniendo á reclamar de la piedad de su enemigo el cuerpo de su hijo. Yo estaba conmovido. Sin embargo, disimulándolo cuanto pude, le dije con tono severo:

—¿Qué mereces tú después de habernos maldecido tanto?

Entonces, arrojándose á mis pies, juró que estaba arrepentido, y que si había obrado mal era bajo la influencia de algunos malos compañeros.

—Ahora—continuó—he reconocido que tú eres un hombre de bien, y te ruego, no sólo que te sirvas de mi casa, sino que hagas de mí y de mi familia todo lo que quieras.

No me restaba otra cosa que perdonarle, lo que hice de muy buena gana, y al día siguiente se hallaba ya su hijo en su compañía.

Desviado este peligro, surgieron otros varios. No pasaba día alguno en que la vida de los trabajadores no estuviese amenazada; y si quisiéramos contar todos los incidentes que sobrevinieron, añadiríamos todavía un volumen á estas páginas ya demasiado largas. Diremos solamente que los griegos no dejaron de hacer aquí, como en otras partes, el papel de enemigos de los latinos. Ellos no tenían nada que ver ni que hacer en Séforis, y, sin embargo, emplearon sus ordinarios medios, que son el oro y la intriga, para impedirnos el tomar posesión de un santuario que nos pertenecía desde nuestra llegada á Tierra Santa. Mas no teniendo título alguno á su favor, fueron bien pronto reducidos al silencio.

Luego que nuestros religiosos quedaron tranquilos, restauraron, teniendo cuidado de no alterar la forma primitiva, el precioso ábside que encubre el sitio de la casa de Ana y de Joaquín.

Dirijámonos ahora á Naím en donde tendremos que hacer constar los mismos sucesos después de idénticas luchas contra los turcos y griegos.

III

Naím.—El hijo de la viuda.—Los turcos.—El obispo griego Nilos.—El nicho y la columna.

El nombre de Naím significa *hermosa*, y efectivamente, la posición que tiene al pie del Pequeño Hermón es encantadora.

En otro tiempo fué una ciudad de la tribu de Isacar, pero hoy no es otra cosa que un montón de miserables chozas, cubiertas de cieno como todas las de la llanura.

Su población es exclusivamente musulmana. Tiranizada por la administración turca y expuesta además al pillaje de los beduinos, es muy desgraciada á pesar de la prodigiosa fertilidad de su suelo.

Nada atraería hacia esta aldea si no fuese el brillo de un recuerdo evangélico que la hace tan célebre como Betania.

Yendo Jesús de Cafarnaúm á Naim, era seguido de una gran muchedumbre de gente. Cuando llegó junto á las puertas de la ciudad encontró el entierro del hijo único de una viuda, que debía ser muy estimada de sus conciudadanos á juzgar por el cortejo que acompañaba los funerales.

Movido á compasión el Salvador á vista de esta madre desolada, le dijo: «Mujer, no llores.» Después se aproxima y toca el féretro. Detiénense los que lo llevaban, y dijo: «*Joven, yo te lo mando, levántate.*» A esta voz, el muerto se levanta y comienza á hablar. Jesús entonces se lo devolvió á su madre. Se apoderó de todos un gran temor al presenciar este milagro, y glorificaban á Dios diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y el Señor ha visitado á su pueblo.

En el sitio en donde Jesús obró este prodigio había en otro tiempo una iglesia que los turcos han arruinado, edificando no lejos de ella una mezquita con el nombre del segundo jefe del islamismo.

Desconfiados no menos que celosos, habían prohibido la peregrinación anual de los Franciscanos á Naim, y éstos habían